

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

El problema clerical

Los dos enemigos, la libertad y el clericalismo, siguen frente a frente. ¡Ay del que finja no verlos! Tal vez metiéndose entre ellos reciba los golpes de ambos.

Aquí, hoy por hoy, todas las cuestiones palidecen y pierden importancia al lado de la religiosa. El pueblo casi olvida la farsa monárquica y el desbarajuste económico para fijarse en la preponderancia del clericalismo y sus insolentes intentos de engrandecimiento.

Se comprende que así sea. Aparte de que es un absurdo intolerable ver a España convertida en refugio del *clericalismo* de Europa, hay entre nosotros miles y miles de seres que han sufrido en su honra, en su fortuna y en su tranquilidad la influencia horrible del jesuitismo de sotana ó de levita y claman venganza.

Hace pocos días hablaba yo con un señor de gran cultura y envidiable posición social.

—Nunca me he mezclado en política —decía—; no me preocupan las formas de gobierno, lo mismo me importa una República conservadora, como la de Francia, que una monarquía constitucional, donde la libertad, aunque no está consignada en las leyes, resulta en las costumbres... ¡Pero el día que vaya usted a quemar el convento de los jesuitas, cuente conmigo y con tres hijos que tengo!...

Lo decía con firmeza, con sincera convicción; y viendo yo en el brillo de su mirada todo un pasado de odios amasados en el silencio de muchos años de impotente rabia, me decía:

—¿Qué de infamias debe guardar este hombre de los seráficos compañeros de Jesús!...

BLASCO IBÁÑEZ

FEMINISMO

ESCUELA DE LOS MARIDOS

I

Gabinete lujoso. La señora, joven y linda, borda cerca de un balcón. El marido, gallardo mozo, asoma por la puerta del despacho.

EL.—¿Dónde habéis metido el número de *Vida Nueva* que no le he visto esta semana?

ELLA.—No sé.

EL.—Pues es menester que parezca.

ELLA (*llamando a la doncella*).—Rita, busque usted ese periódico del señorito, que traen todos los domingos.

EL (*rebuscando entre unos papeles que están sobre el velador*).—¡El *Siglo Futuro*! ¿No te he dicho cien veces que no quiero ver en casa ese pape-lucho?

ELLA.—No seas intransigente: le tengo para leer los anuncios de cultos y devociones.

(La doncella entra trayendo un número de *Vida Nueva* arrugado y hecho una lástima.)

EL.—¿Quién ha puesto así el periódico?

RITA.—Como no haya sido el *King*!

EL (*dirigiéndose a su mujer*).—¿Es decir, que mientras guardas *El Siglo Futuro* como oro en paño, echas mi periódico al perro? No parece sino que de algún tiempo a esta parte hay tramada una conspiración contra mis periódicos y mis libros predilectos.

ELLA (*irónicamente*).—¿Una conspiración? ¡Qué horror! ¡Y es tenebrosa! Será cosa de los jesuitas.

EL.—Pues mira, no me extrañaría. El hecho es que han desaparecido una porción de obras: *La Religiosa*, de Diderot; *El Cándido*, de Voltaire; *El Emilio* y *Las Confesiones*, de Juan Jacobo...

ELLA.—Serán los que se llevaron a encuadernar.

EL.—¡Si estaban en tela! ¿No los habrás prestado tú a alguna de tus amigas?

ELLA.—Yo no tengo amigas que lean esa clase de libros.

EL.—Podrían llevarlos a la iglesia en vez del devocionario.

ELLA (*vivamente*).—¿Te pones a veces de una impertinencia!...

El marido se retira a su habitación diciendo entre dientes:

—Se me figura que en mi casa funciona una delegación del *Índice expurgatorio*.

II

Entra la señora, ataviada con elegante sencillez, en el despacho de su marido, y se contempla en un espejo.

EL.—Ya, ya sé lo que el espejo te dice.

ELLA.—¿De veras?

EL.—No es difícil de adivinar. Te dice lo que yo te estoy diciendo a todas horas: que estás guapísima.

ELLA.—¡Adulador! Lástima que no pueda creer-te una palabra.

EL.—¿No me crees ni aun cuando te juro que te quiero más que a mi vida?

ELLA.—Ya sabes el refrán: «obras son amores...»

¡Ay, hijo, lo que va de ayer a hoy! Las mujeres no debíamos casarnos nunca; debíamos ser novias perpetuas.

EL.—¿Pues estabais aviadas!

ELLA.—¿A qué no te acuerdas ya de lo que hiciste por mí, hoy hará dos años?

EL.—Te confieso que...

ELLA.—No, si no me extraña el olvido; los hombres no tenéis la memoria del corazón. Pues hará hoy dos años, poco más ó menos, que una noche, en casa, discutiendo con D. Acisclo, soltaste unas herejías que ponían los pelos de punta.

Mamá, naturalmente, estaba escandalizada. Entonces yo te impuse por penitencia que al día siguiente, un día festivo, habías de oír misa mayor en las Calatravas. Fuiste, oíste la misa entera, una misa cantada, una hora larga de misa, serio, formal, y recogido como un santito, mientras yo te vigilaba, sin perderte de vista un momento, con el raballo del ojo. No te puedes figurar qué triunfo fué aquél para mí.

EL.—Sí, sí, lo comprendo.

ELLA.—¿Qué apostamos a que no eres capaz de hacer ahora por tu mujer lo que hiciste entonces por tu novia?

EL.—Si te he de decir la verdad, no se me alcanza qué ventaja puede resultar para la gloria de Dios ni para la salvación de mi alma, de que yo esté en la iglesia de cuerpo presente, asistiendo a ceremonias en cuya eficacia no creo.

ELLA.—No se trata aquí de tu salvación, sino de mi gusto; ni del amor de Dios, sino del mío.

EL.—Pues niña mía, por tu amor ire yo aunque sea al infierno.

ELLA.—Si no es al infierno, bobo, si es al cielo donde te quiero llevar.

EL.—Pues hasta el mismo cielo soy yo capaz de ir por amor tuyo.

ELLA.—No blasfemes. Anda, aviate prontito, que aún llegaremos a misa de once.

III

Comedor. Los esposos almuerzan en buena paz y compañía.

EL.—¡Ostras, lenguado, langostinos! Todo muy rico; pero ¿es que hoy no comemos carne? (*Golpeando de repente la mesa con el mango del cuchillo*). ¡Ah, ya caigo! Hoy es viernes de cuaresma.

¡Siempre lo mismo! ¡Valiente idea tenéis vosotros de la religión! Creer ó no creer tanto monta: lo indispensable, lo esencial, es que se ayune en día de precepto.

ELLA.—¿Qué genio tienes! ¡Cómo te pones en seguida!

EL (*con creciente cólera*).—Me pongo así con razón: ya sabes lo convenido: libertad, tolerancia mutua en materias religiosas. Nada de imposiciones, ni de astucias, ni de artimañas. ¿He faltado yo a ese convenio? ¿Te he impuesto yo mis creencias, buenas ó malas? ¿Hago siquiera propaganda de mi incredulidad? Pues ¿por qué no estás a la recíproca? Yo quiero que mi casa sea como el imperio del gran Federico, donde cada uno se salvaba como mejor lo entendía. No me gusta hacer el oso. No me acomoda el papel que quieres hacerme representar de beato *malgré lui*, como el médico de Molière.

ELLA (*al criado que sirve a la mesa*).—Llame usted a la cocinera.

LA COCINERA (*entrando a poco rato*).—¿Qué desea la señora?

LA SEÑORA (*mirando a la cocinera fijamente*).—¿Qué le dijeron a usted esta mañana en la carnicería?

LA COCINERA (*reprimiendo una sonrisa*).—Pues que no había carne, señorita. Ni solomillo, ni entrecosto, ni lomo bajo, ni ternera; nada. Ya se ve, como hoy es viernes de cuaresma, un día en que sólo los judíos...

EL SEÑOR (*con impaciencia*).—Bien, bien.

ELLA (*a su marido*).—¿Lo ves? ¿Te convences de que no ha habido ninguna intención de hacerte comer de vigilia!

IV

Otra vez el despacho. Marido y mujer departen amistosamente.

ELLA.—¿Dónde piensas ir esta tarde?

EL.—Al Ateneo. Estoy citado con Pepito Baena, que me ha amenazado con leerme un trabajo suyo.

ELLA.—¡Bueno estará el trabajo de ese herejote!

EL.—Si no se trata de religión, mujer; si es un artículo sobre el cultivo de la remolacha.

ELLA.—No importa; yo que tú...

EL.—Vamos a ver, ¿qué harías tú que yo?

ELLA.—Le daba *mico*.

EL.—¿Mico?

ELLA.—¿No es así como soléis decir? Pues bien, si, le daba *mico* y consagraba todo el resto del día a acompañar a mi mujercita.

EL (*receloso*).—¿Es que quieres llevarme esta tarde a las Cuarenta Horas?

ELLA.—«Ya saliste con una cuchufleta», como dicen en el sainete. Pues mira, hijo, no te estaría tan mal el venir conmigo a adorar al Santísimo Sacramento.

EL.—Arrenuncio.

ELLA.—Iremos de tiendas. Tengo que elegir unas lanas para doña Petra, que ha hecho voto de hábito.

EL (*resignado*).—¡Vaya por las tiendas y por el voto, y séanme leves las lanas!

ELLA.—Luego... ¿como tienes ese horror a la iglesia!

EL.—¡Por los clavos de Cristo, Lolita, basta ya de iglesia por hoy!

ELLA.—Daremos una vuelta por la Castellana.

EL.—¡Vaya por la Castellana!

ELLA.—Y al regreso subiremos un momento a casa de doña Ursula. Tenemos que disponer entre las dos una rifa de caridad.

EL.—¿Doña Ursula? ¡Ilustre gazmoña! ¡Mogigata insigne! ¡Voraz, insaciable devoradora de santos!

ELLA.—¿Y a ti qué te importa que lo sea? ¿Tienes tú algo que ver con ella?

EL.—Nada, hijita, nada, a Dios gracias. Y para tener menos aún, te dejaré a la puerta de la gran devota y me volveré a casa solito.

ELLA.—¿Qué galantería! No parece sino que doña Ursula te da miedo.

EL.—No lo parece, lo es. La tal dama me inspira un pánico horrendo, un miedo cerval. Veo en ella algo así como una bruja metida a santa. Y luego ¡qué *entourage*! Beatas, monjas trashumantes, frailes calzados ó sin calzar, clérigos más o menos zafios, chupacirios, familiares, acólitos, a veces hasta purpurados. Soy demasiado pecador para complacerme en semejante compañía. Desde que estudié el Derecho Canónico me apestan los Concilios, y todavía más los conciliábulos.

ELLA.—Pues debes ir. Su marido ha venido dos veces, sin encontrarte en casa. Ahí están las tarjetas. Ya ves, ¡un señor tan respetable! ¡Todo un senador vitalicio!

EL.—Por muchos años.

ELLA.—¿Quedamos en que me acompañas?

EL.—Está dicho: *pacta sunt servanda*, como decía mi maestro de Romano.

ELLA (*con mucho mimo*).—¿Y subirás conmigo a casa de doña Ursula? Prométeme que subirás.

EL.—Subiré. ¡Oh humana flaqueza! ¿Qué podré yo negar a esos ojazos de cielo, a esa boquita de piñón, a ese...

ELLA (*rechazándole dulcemente*).—Vamos, no me seas majadero.

EL.—¡Con tal de que entre doña Ursula y tú no hagáis rezar el rosario!...

Pausa. El marido, a poco, hablando desde su cuarto.

—¿Sabes, Lolilla, el escrúpulo que me asalta en el momento de ponerme el pantalón?

ELLA.—¿Qué escrúpulo?

EL.—Un escrúpulo muy fundado; me parece que estoy usurpando tus atribuciones.

ELLA (*entre risueña y enojada*).—¿Qué cosas tienes!

V

Es de noche. Envuelta en elegante bata, la da-

ma hojea negligentemente una Revista. La luz viva de la lámpara, cayendo sobre ellos de lleno, hace resaltar las perfecciones de su rostro y las riquezas de su busto. Su marido, sentado enfrente de ella, la contempla con silenciosa admiración. De improviso prorrumpe la esposa en una carcajada.

EL.—¿De qué te ries?

ELLA.—De un epigrafe que pone aquí, mira: *La emancipación de la mujer*.

EL.—Es verdad, la cosa tiene gracia. ¡La emancipación de la mujer! Y el hombre, ¿cuándo se emancipa?

ELLA (*con convicción*).—¡Nunca!

EL (*se acerca a su mujer, toma una de sus manos y le dice hablándole casi al oído en voz baja y un poco balbuciente*).—¿No he sido bueno hoy?

ELLA (*con aire distraído*).—Muy bueno.

EL.—¿No crees que merezco una recompensa?

ELLA (*haciendo como que no le oye y leyendo la fecha en su Revista*).—Viernes, 14 de Marzo.

¿Viernes? Si, es verdad, viernes de cuaresma.

EL (*muy contrariado*).—Tienes razón; ya no me acordaba.

ELLA (*volviendo de pronto la cabeza y mirándole intensamente en los ojos*).—Pero después del viernes...

EL.—¿Después del viernes?...

ELLA (*con adorable coquetería*).—Pues es claro, tontín; después del viernes... viene el sábado.

El marido sonríe, deposita un beso en la frente de su mujer, y sale discretamente.

VI

Sola ya en su estancia la hermosa criatura, acaba su tocado nocturno, bosteza, estira lánguidamente, con felina voluptuosidad, sus miembros esculturales, se persigna con devoción y, en el momento de acostarse, murmura sonriendo:

—¡Buen día el de hoy! No quedará descontento de mí el padre Cerrete.

ALFREDO CALDERÓN

EL PASTOR

No sé dónde he nacido: nunca supe cuál fué mi padre, ni en qué tierra dura duermen los huesos de mi madre muerta. A los diez años, al nacer de un día, me encontré solo en medio de unos campos, con un rebaño que bullía en torno. Se abrian los caminos a mi vista, como brazos dispuestos a acogerme; contemplaba, a lo lejos, las montañas solemnes de actitud, como regazos de madres poderosas, y era el cielo allá, al fin del camino, azul, tranquilo como pupila de mujer querida, que me atrajera sin cesar y ¡entonces! ¿Yo qué sabía de las leyes vuestras ni del obrar extraño de los hombres? Llamé al rebaño y me siguió: el rebaño que me seguía por amor, por santa confianza en mí de cada animalillo, porque ellos, los pequeños y yo, habíamos pasado tantas noches bajo el cielo haciendo vida igual, aquel rebaño era mío, ¿verdad? y con él ¡anda que te andarás! por la gloriosa Tierra atravesando viñas y maizales, echando por los puertos de la sierra, dejando atrás ciudades, caseríos, yendo a besar la boca de la aurora y hundiéndome en la noche, rojo el rostro como el sol de la tarde. Esta es mi vida.

«Me persiguen

porque no he respetado ni respeto el ridículo estorbo de una cerca que me corte el camino: hace unos días entré, con mis rebaños, en un campo del que llamáis Tomás el Rico: había toda la luna en la mitad del cielo y aquella claridad nos consagraba en el momento aquel: ¡qué hermosamente se derramó el rebaño por el campo haciendo suyo, haciendo de la tierra todo el tesoro aquel aglomerado para el único goce de un estéril! Al masticar la hierba, hacían ruido de vida que se forma, mis corderos; la claridad opaca les vestía de extraña majestad, y cuando bravos con el reparo aquel, a una voz mía,

DON QUIJOTE

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

DON BENITO MONOLOGUEANDO

LA MUERTE DE SAGASTA

«Don Práxedes ya con las últimas.»
—¡Adios, Bruto! ¡Adios, Canalejas!

LA COMEDIA FUSIONISTA

NAVAJEO POLÍTICO

—¡Ponte el gorro Periquito!

FRONTERA

—¡Pa, Canalejas!

El público.—¡Que se calle el apuntador!

—¡Pasad, hijos míos, que España es nuestra!



Don Práxedes.—¡Ca...ramba! ¡Parece que también á mí mé há salido una apendicitis!



—¡Para que quiero yo mejor cruz que esta!



«Don Práxedes ya con las últimas.»
—¡Adios, Bruto! ¡Adios, Canalejas!



—¡Pa, Canalejas!



—¡Ponte el gorro Periquito!



MANUEL TOVAR (Don Hermógenes.)



El público.—¡Que se calle el apuntador!



—¡Pasad, hijos míos, que España es nuestra!

abandonaran el lugar fecundo, andaban con tal ímpetu, los fuertes, que derribaron la ruinosa valla. y el campo aquel, hasta aquel punto aislado, ¡volvía a ser un pedazo de la tierra! Por esto me persiguen, porque vivo de esta manera nueva: ellos se encierran y construyen paredes que los hacen como muertos en nichos, inservibles hermano para hermano; ¡yo derribo las paredes enormes y construyo caminos generosos que nos junten! Cuando, en medio de todos mis corderos, los veo hervir bajo mis pies, quisiera dar un beso de paz a cada uno y decirles ¡partido, y que ellos fueran en todas direcciones y llevaran aquel beso de paz a cualquier sitio en donde un hombre alienta.

E. MARQUINA

Geografía astronómico-política.

Lección única.

De las estrellas errantes ó planetas. — *Qué movimiento tienen.* — *De la figura del presupuesto.* — *Observaciones.* — *Variedad de partidos.* — *Constelaciones que determinan la órbita del Presupuesto.* — *Los cometas.*

Las estrellas errantes ó planetas se dividen en mayores y menores. Las mayores son ocho: Sagasta, Silvela, Maura, Canalejas, Moret, Weyler Tetuán y Romero, con varios satélites y algunos Comités. Las menores son muchas, llegando a más de ochenta las descubiertas en la época actual, las que circulan entre Sagasta y Silvela, moviéndose alrededor de su influencia.

El Presupuesto es el único planeta de que debemos ocuparnos, haciendo constar que el Poder es un satélite del Presupuesto, cuarenta y nueve veces menor que éste, y distante de él una cartarra y un Real decreto.

Los planetas tienen dos movimientos: uno de rotación alrededor del jefe y otro de traslación al empleo que ocupan ó vayan a ocupar, trazando cada uno su órbita de amigos y paniaguados para que ocupen los cargos de su confianza.

La figura del Presupuesto es parecida a la de una gran marmita, pero un tanto achatada hacia el Poder. Se han hecho sobre el Presupuesto muchísimas observaciones para conocerle, unas científicas, como las de Urzáiz y Villaverde; otras vulgares, como las de Gómez Acebo y Paraiso; verbigracia: el hombre político colocado en la oposición ya perdiendo de vista el Presupuesto hasta llegar a tocar el cielo con las manos. Esa es la cesantía. Otro ejemplo para demostrar que el Presupuesto es redondo; cuando un buque se aproxima a un puerto, sólo se ve al principio la punta del palo mayor, después se va acercando y ya se descubre que aquel vapor es de la Trasatlántica y entonces ya no se le ve la punta... ni la subvención del Gobierno.

La variedad de partidos proviene de la necesidad de vivir sobre el país; y así, desde la edad prehistórica (vulgo Chestre), hasta la de la concentración, edad contemporánea, son infinitos los partidos que han desfilado por España, casi todos funestos.

Las constelaciones que determinan la órbita del Presupuesto son doce, correspondientes a los doce meses del año, tres para cada una de las cuatro estaciones, en la forma siguiente: Veragua, Almodovar y Rodríguez, para la primavera; Groizard, Pío Gullón y Capdepón para el otoño; Canalejas, Moret y Romanones, para el invierno, y Silvela, Dato y Villaverde... para el verano.

Los cometas pertenecientes a la clase de diputados de la mayoría, son unos cuerpos opacos que giran alrededor del acta; pero sus órbitas son tan prolongadas, que unas veces están muy lejos del Gobierno, otras demasiado cerca, de donde se sigue que unas veces votan a su lado y otras se entretienen en murmurar por los pasillos. Estos cometas van precedidos, seguidos ó rodeados de una ráfaga luminosa, que toma en el primer caso el nombre del cacique; en el segundo, de yernocracia, y en el tercero, de dinero.

La aparición de los cometas es natural, periódica, sobre todo en época de elecciones, y aunque algunos aseguran que son siempre presagio de calamidades, cuando se advierte su presencia en el cielo parlamentario, lo cierto es que en su mayoría, son inofensivos, dóciles y prudentes.

Y aquí termina esta primera lección. Más adelante seguiremos explicando otras nociones vulgares de la geografía en relación con la política; y decimos vulgares, porque la política española es de tan poca altura, que todos nos podemos, como decía aquél, hablar de tú.

En busca de la verdad

Es una pena. Canalejas no acaba de convenirse, no acaba de hacerse cargo de su situación. Romanones, en nombre del gobierno, le arroja del partido liberal, y le insulta y le menosprecia;

los conservadores, asustados de los radicalismos de su programa, le empujan, le echan fuera de la legalidad, y el sigue imperturbable, defendiendo — ¡aún! — la posible consubstancialidad de la democracia con la monarquía.

Insistimos: es una pena Canalejas, por su talento, por su carácter, se halla en condiciones de cooperar a la regeneración de España, poniéndose al frente, acaudillando a todos esos elementos sueltos, no agrupados a ningún partido, para quienes la libertad es antes que todo, y las formas de gobierno una accidentalidad.

¡Si el señor Canalejas quisiera!... Hay tantos hombres de buena fe, de buena voluntad, dispuestos a seguirle! ¡Qué gran obra podía realizar! Pero antes es preciso que aclare su situación y averiguemos de una vez si está con la Monarquía ó con la República, con el pueblo ó contra el pueblo.

Sepamos de una vez a qué atene nos; sepamos de una vez si podemos ó no podemos contar con el señor Canalejas para la obra de reintegrar al pueblo en sus derechos y hacer de España una nación gemela de Francia.

¡LUHEMOS!

Entonemos, hermanos, la canción del Progreso, que es fuente de la vida: que nuestro ardiente canto llene el espacio inmenso y todos lo repitan.

De productivos frutos sembremos el camino que con dolor cruzamos, y caiga sobre el mundo nuestra labor cual trigo sobre los secos campos.

Marchemos a la lucha del productor trabajo contra la inercia estéril, que es esa guerra ruda la que nos brinda laureos, la que nos hace fuertes.

A trabajar, amantes de nuestra madre Tierra: marchemos siempre unidos, marchemos adelante cantando las ideas que mueven nuestro espíritu.

Seamos los valientes que luchan entusiastas en la tenaz pelea, y ciegos acometen y sin cejar avanzan hasta agotar sus fuerzas.

Seamos esos héroes: hagamos que el Progreso domine sobre el mundo para que avance siempre, y sin cejar luchemos hasta lograr el triunfo.

J. ORTIZ DE PINEDO

Un idilio en una jaula.

Ella era una muchacha rubia, muy rubia, verdadero tipo de sonadora, con los ojos azules, el cutis pálido y los labios entreabiertos, como si tratasen de ofrecer salida a los suspiros de su pena. Porque sufría mucho aquella infeliz víctima de diez y ocho años, que soñando con un amor todo sensibilidad y delicadeza, se encontró unida, sin quererlo y sin saberlo casi, a un banquero materialote y soez, insolente como una onza y pletórico como las talegas de plata que almacenaba en la caja de sus caudales.

La boda fué uno de esos contratos brutales que se concertan a espaldas de la ley, y que la ley sanciona luego tranquilamente. Dolores era hermosa, el banquero rico, y los padres de la muchacha pobres y egoístas. El trato se hizo pronto. «Toma su belleza y abre tu bolsa», dijeron los padres de la niña; y, previa la bendición de un clérigo, arrojaron a su hija en los brazos del adinerado traficante.

Aquel abrazo tronchó la existencia de la joven, como troncha la mano grosera del patán una flor delicada, y Dolores se iba muriendo poco a poco, a semejanza de las flores que se marchitan, derramando perfumes que nadie se cuidaba de recoger.

Se iba muriendo, y avara de encontrar algo bello, armonioso y dulce, en derredor suyo, tenía en su gabinetito una pajarera, y se pasaba las horas muertas delante de ella, oyendo los trinos de sus canarios, única nota de poesía que vibraba en aquel hogar repleto de lujo y falto de ternura.

¡Cuánto quería a sus compañeros de esclavitud aquella mujer!

Mil veces me detuve yo, su hermano más que su amigo, en el centro de la habitación para contemplar a Dolores, que, puesta en pie delante de su querida jaula, inclinada sobre los alambres y

mostrando en su rostro cierta satisfacción melancólica, seguía con ojos curiosos los múltiples y ágiles movimientos de aquellos preciosos animales, que ya saltaban por entre los barrotes de su cárcel, ya esponjaban sus plumas en la bañera de metal, ya elevaban sus dulces trinos al espacio, ya, picoteando los granillos de alpiste esparcidos por el suelo de su vivienda, se perseguían los unos a los otros con un rumor continuo de gorjeos y de alas, alegres en su cautiverio, más alegres aún porque su zambra retonzona distraía las angustias y los pesares de su dueña.

En ocasiones, sintiéndome envidioso de los que me ayudaban a endulzar la agonía de aquella hermosa criatura, protestaba de su preferencia por los canarios; y Dolores, volviéndose hacia mí y riendo con la risa amarga y silenciosa propia a los desgraciados, me decía:

—Si supieses lo que valen, no les harías objeto de tu rivalidad. Estos alambres componen el límite de un mundo pequeñito, donde se realizan escenas de ventura como las que yo he soñado en momentos felices, que por ser felices huyeron pronto. Todas estas cabezas menudas, revoltosas flexibles, donde brillan los ojos como cuentas de azabaches dotadas de visualidad, piensan, coordinan ideas, reflexionan; y todos esos corazones diminutos que dan vida y calor al rizado plumaje de sus dueños, sienten más hondo que los hombres y saben amar mejor que ellos.

¡No te rías! — gritaba Dolores al ver un gesto de incredulidad en mis labios —; ¡no te rías! Yo he sido testigo presencial de un hecho que prueba hasta qué punto son capaces de sacrificarse por el ser amado estos bicharracos inaguantables, como los llama mi marido.

Y así diciendo, para vencer mis dudas, me refirió cierta noche una historia breve y grande a un tiempo, la cual historia quiero estamparla en letras de molde como tributo rendido a la memoria de aquella mujer que ya no existe.

Eran dos. La hembra fina, pequeña, con el plumaje blanquecino, el pico menudo y las patitas sonrosadas. El macho, más grande, más fuerte, con la cabeza adornada por un moño de color de oro, era un cantor infatigable y un amante rendido y leal. Siempre estaban juntos. Allí, en lo alto de la pajarera, construían todos los años un nido chiquitito, como si tuviesen afán de separarse lo menos posible, y vivían felices, como viven los que se aman, como yo he soñado vivir, como ya no viviré nunca! ..

Aquella pareja disfrutaba de mi predilección, y, sabedora de ello, mostrábase ufana en pagar mi cariño. Al solo anuncio de mi vez acudían a los barrotes de la jaula, con los picos entreabiertos, para darme la bienvenida y recoger, picoteando sobre mis labios, mi saludo.

Un día el macho, al saltar desde los alambres a uno de los travesaños, lo hizo con tan mala fortuna, que quedó preso en uno de los hierros, oscilando con angustia, y al tratar de hacer un esfuerzo, para incorporarse, se tronchó una pata y cayó al suelo piando tristemente, mientras la hembra, dando vueltas en derredor suyo, le miraba con unos ojos tan tristes, que daban ganas de llorar.

Buscando yo consuelo para la desgracia de mi favorito, llamé al hombre encargado de cuidar los canarios, y él, enseñándome la pata del herido que colgaba casi desprendida, exclamó: «Hay que cortarla». — ¡No! — grité yo. — Se le caerá sola — repuso el hombre. — ¡Pues que se le caiga!»

Y cogiendo al canario entre mis manos, lo trasladé a otra jaula, y trasladé con él a su compañera de amor y de infortunio.

Al levantarme al día siguiente, vine a este sitio deseosa de conocer el estado del pobre enfermo. ¡Sabes lo que vi! ..

Pues vi a la hembra con la pechuga desnuda de plumas sonrosada y jadeante. Sí; se había arrancado sus plumas una tras otra durante la noche y con aquellas partes de su propio ser había construido un lecho para que reposara de sus torturas el amor de sus amores, el dueño de su corazón.

Allí estuvo él durante quince días, y allí estuvo la hembra cuidándole con esmero de madre, llevándole en el pico agua para su sed, alimento para su hambre, calor para su cuerpo, y consuelo para su desgracia. Allí estuvo, y al cabo de los quince días salió el canario de su quietud sano y alegre, pagando con un himno sonoro los desvelos de su compañera.

¡Comprendes ahora por qué los quiero tanto? — exclamó Dolores con amargura —. Porque saben amar; a tal extremo que a los pocos meses murió la hembra, y al día siguiente encontré muerto el macho en el último rincón de la jaula.

¡Ah! — siguió diciendo Dolores — ¡yo también he soñado muchas veces con un cariño semejante! ¡Yo también hubiese arrancado por el ser querido todas, absolutamente todas las fibras de mi alma! Y sin embargo... ¡ya lo ves!

E inclinó la cabeza sobre su pecho, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas de azucena.

JOAQUÍN DICIENTA

CANTARES

Se aplaca la sed bebiendo; comiendo se aplaca el hambre; el corazón quiere y quiere y nunca se satisface.

Yo he ganado el cielo viviendo en la tierra; ¡ya veré si me dan lo que es mío así que me muera!

¡Mira tú si serás mala, que dejas secar las flores que tienes en la ventana!

Deja que te mire, madre, que no hay nada en este mundo que valga lo que tú vales.

Aunque te vas de mi vera, te vas, pero no te vas; eres ausente de cuerpo, presente de voluntad.

Se le fué al pastor la honda y vino a caer la piedra en una oveja coja.

¡Cansado... cansado... de andar y de andar... es muy largo, muy largo el camino y no puedo más!

Cuando a tu lado pasó, primero te miró el cura, y luego se santiguó.

E. PARADAS

LIBROS

Gómez Carrillo, el inimitable cronista, ha publicado, con el título de *Bailarinas*, una preciosa colección de «cuadros de género», interesantes y sugestivos.

Avaloran el libro *Bailarinas* varios primorosos dibujos del Sr. Soler de Alba.

Precio: 2 pesetas.

Higiene sexual del soltero, por Ciro Bayo. He aquí el sumario de este interesante libro: «Causas del celibato. — Sensaciones en ambos sexos. — El amor libre y la prostitución. — Las amigas del soltero. — La prostitución clandestina y la autorizada. — Medios preservativos profilácticos. Curación de las enfermedades de la vida genital. Aberraciones sexuales. — Higiene sexual del soltero».

Precio: 2 pesetas.

Salomé, por Oscar Wilde. Hermoso drama del gran escritor inglés, tan calumniado, tan perseguido por los hipócritas.

Lea usted *Salomé* y aprenda Sr. Cavestany. ¡Eso es escribir! ¡Y eso es teatro, como dicen los técnicos!

Salomé, muy bien traducido y con hermosas ilustraciones de Valera, se halla de venta en todas las librerías al precio de 2 pesetas.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

Señores, hay que declararlo: la vida es mala; sólo hay de bueno en ella, ya lo saben ustedes, ¡el Anís del Monol!

Lo digo, lo repito y lo repanto: el mejor negocio que se puede hacer en el mundo es asegurarse la vida en la *Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán a esta Administración. Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Material moderno. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas e inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETaña

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.